

Hablando de fonología*

André MARTINET

RESUMEN: André Martinet relata aquí a su entrevistador una serie de episodios biográficos relacionados con su protagonismo en la historia de la fonología, el surgimiento de algunas de sus ideas fonológicas y la génesis de sus principales obras sobre la materia.

PALABRAS CLAVE: Funcionalismo, fonología, Martinet.

ABSTRACT: André Martinet tells his interviewer a series of biographical episodes related to his work in phonology, on how some of his ideas on phonology arose, and on the origin of the main works that he has carried out in this field.

KEYWORDS: Functionalism, phonology, Martinet.

LA FONOLOGÍA AL PRINCIPIO

Tenemos a menudo la impresión, cuando lo leemos a usted, de que todo parte de la fonología y de que la originalidad de su enseñanza y de su investigación reside en este descubrimiento.

Es verdad. Pero, en un sentido, lamento dar esta impresión. Se me ha querido cortar las alas demasiado diciendo «es fonólogo, ya está». Mi punto de partida ha sido, efectivamente, la fonología, pero, a decir verdad, yo no la he cultivado desde 1956, es decir, más o menos desde mi vuelta a Francia. La redacción de *Économie des changements phonétiques* data de 1954. Para resumir mi punto de vista en materia de fonología, para uso de mis estudiantes parisinos, preparé, en quince días, mi *Description phonologique* a partir de «Hauteville» que es una descripción fonológica del habla de mi madre editada en 1945, antes de mi marcha para América. Ulteriormente, no he hecho gran cosa en el plano teórico. Simplemente he procedido a algunas aplicaciones. Lo esencial de mi enseñanza avanzada ha girado en torno a problemas de primera articulación: análisis en monemas, morfología, sintaxis, incluso axiología.

En mi visión de los hechos, el estudio de los elementos del lenguaje no tomó sentido más que a través de la fonología. Para que pudiera interesarme por la gramáti-

* Entrevistador: Georges Kassai. Traducción castellana de Isabel Veiga Levray. Reunión de los capítulos XII y XIII de Martinet, A.: *Mémoires d'un linguiste. Vivre les langues*. Paris: Quai Voltaire, Édima, 1993, 247- 61 y 262-77.

ca, esta debía dejar de ser prescriptiva, y es la fonología, disciplina desde el principio no normativa, la que me mostró la vía en esta dirección.

Tradicionalmente, apenas nos atrevíamos a ser normativos en materia de pronunciación de las palabras francesas. Los que, como Grammont, se atrevían levantaban, con bastante legitimidad, cierto escepticismo. Se podía ser normativo en gramática, ya que se operaba con letras que eran percibidas como unidades discretas: podemos ser categóricos sobre la presencia, al final de una palabra escrita, de -s o sobre su ausencia. En cambio, ignorábamos la discreción de los fonemas, y desconocíamos, en cuanto a pronunciación, cómo seccionar, cómo anotar.

Una consecuencia del carácter discreto de los fonemas es que nos da la posibilidad de ser exhaustivos, de concebir un universo finito. En lo que se refiere a los demás planos de la lengua, podemos llegar, por lo menos en ciertos campos, al mismo resultado solamente a partir de esta posibilidad de delimitación de un cuadro que nos ofrece el principio de pertinencia extraído a propósito de la fonología e ilustrado por ella. La práctica de la fonología nos ha conducido a la noción de corpus, es decir, de selección bien delimitada escogida como perfectamente representativa de los datos de estudio. Esto nos lleva a acceder al estudio exhaustivo tanto en temas de léxico como de gramática, lo que es de gran valor si la opción, aun arbitraria, es pertinente.

Solo en fonología, pues, había podido abordar los problemas de una manera que no fuese prescriptiva. Y esto, ya lo hemos visto, lo había hecho ya en la infancia, sin hablarlo con nadie, temiendo que se riesen de mí. Había establecido, antes de los once años, los grandes rasgos del sistema fonológico del francés. Noten que seguía siendo aún demasiado respetuoso con las jerarquías sociales... y demasiado «introspectivo» para abordar el análisis del dialecto local, del que tenía un conocimiento principalmente pasivo.

Hay que añadir que si mi interés por otros aspectos de la estructura lingüística apareció más tarde, es, en parte, porque tenía la sensación de que en estos temas no existía nada nuevo que decir, ya que, desde hacía siglos, multitudes de personas inteligentes se habían preocupado del tema. Sin duda la realidad de los hechos no estaba aún despejada. Esto era la consecuencia del acercamiento prescriptivo, general en aquella época. Pero, incluso en estas condiciones, los mejores gramáticos han dicho cosas excelentes. En mi enseñanza en los estudios superiores, de 1938 a 1946, cuando trataba de temas que no eran fonológicos, empezaba siempre por declarar que tenía mucho menos que decir en este campo que en otros porque los trabajos de nuestros predecesores no carecían de valor. Tomen nuestra *Grammaire fonctionnelle du français*, la «GFF». En muchos aspectos se aparta fundamentalmente de lo que la había precedido. Pero en ella aparecen, desde el principio, los grandes rasgos de la gramática tradicional, lo que no dejó de defraudar a ciertos lectores, apenados de volver a encontrarse con *bijoux*, *genoux*, *joux* y *poux*. Somos los primeros en lamentar la existencia, en la práctica escrita de la lengua, de tales tonterías. Pero, ¿qué podemos hacer al respecto?

En la fonología, lo que quizá nos ha sido más útil es el principio de pertinencia.

Sin el principio de pertinencia, la teoría fonológica no existe.

Lo vemos, cuando volvemos a examinar la *phonemics* americana, con sus recetas populares, que por cierto dan a menudo, en práctica, unos resultados aceptables: el «truco» que designamos como «los pares mínimos» introduce, en efecto, la pertinencia distintiva. De este principio deriva el punto de vista funcional que pone en el primer plano la utilización del lenguaje con fines comunicativos y que, por sí solo, permite jerarquizar los hechos observados.

Algunas veces me he preguntado lo que era mi propia «fonología» anticipada, es decir, antes de que yo leyese los *Travaux* de Praga. En realidad, en mi espíritu, nada era muy explícito. La lectura de estos *Travaux*, en 1932, me permitió, gracias al vocabulario que encontré en ellos, concretar unas concepciones estancadas en estado de nebulosas y de las cuales, desde el principio, rechacé una cierta parte. Estas concepciones, para mí, eran un poco lo que eran para Jespersen, con quien había mantenido unos contactos muy íntimos, ya en 1928, y gracias al cual había obtenido, por otra parte, una amplia información con vistas a replantearme mis problemas. Con la lectura de los *Travaux... de Prague*, encontré, en primer lugar, el término «fonema», antes de «pertinencia». También en este punto saqué provecho más rápidamente de las partes informativas que del marco teórico. Al principio las relaciones inmediatas y fructuosas fueron menos con las ideas de Kart Bühler que con el marco descriptivo presentado por Trubetzkoy en los años 1930-1931. Este marco no me era totalmente desconocido: ya lo tenía dentro de mí. Pero lo que era nuevo era la aplicación del mismo marco a un número considerable de lenguas muy diversas.

¿Cómo es posible que en el transcurso de sus estudios superiores usted no tuviese ocasión de intercambiar sus ideas con otro?

Con mis preferencias de la época dirigidas hacia el estudio de la segunda articulación, no podía conversar con casi nadie. Incluso con mi profesor de lenguas escandinavas, Paul Verrier, cuya enseñanza seguí fielmente entre 1926 y 1930, y que era, además de filólogo, un fonetista en el verdadero sentido del término, la comprensión no era total. Por reverencia, no discutía sus puntos de vista, pero cada vez que tuve la tentación de presentar opiniones personales, hería su sensibilidad y me replegaba. Un día, por ejemplo, llega un especialista noruego en lingüística germánica. Leíamos entonces sagas islandesas. Verrier, que estaba bastante orgulloso de mí, me dio la palabra en el transcurso de una discusión. Me lancé y probablemente dije cosas que me parecían «astutas», pero está claro que creé escándalo y Verrier rápidamente retomó la palabra. Lo había puesto en una situación imposible, ya que, en presencia de un extranjero, su mejor alumno decía cosas que parecían contradecir su enseñanza. Cuando uno está aislado y no puede intercambiar ideas, no fabrica palabras que corresponden a sus nociones y su pensamiento permanece nebuloso. Ahora bien son los

«trampolines» de la creación terminológica los que permiten ir hacia delante. La lengua está ahí, no para pensar, sino para comunicar, y el pensamiento creador existe solamente si existe, por lo menos, intención de comunicar.

En esta «fonología» anticipada, ¿existían oposiciones?

La noción de oposición, incluso si no la había nombrado, existía perfectamente en mí. Cuando, hacia la edad de diez años, constataba que la *u* de *puis* y la de *pu*, y, por implicación, el [w] de *pois* y el [u] de *pou* están en unas relaciones tales que no tenemos que diferenciar unidades distintas, y que es el contexto el que determinará la forma en que van a ser pronunciados, aún no había establecido una metodología. Me decía «suena de forma diferente, pero es lo mismo» porque no había, para mí, «par mínimo», palabras que se distinguían únicamente porque una tenía [u] en el sitio donde la otra tenía [w]. Pero me quedaba explicar el método de la conmutación.

Más tarde, lo que me hizo progresar un poco más allá de estos pensamientos de niño fue el hecho de que en el transcurso de mi diplomatura de inglés había podido abordar, de manera muy modesta, la comparación indoeuropea. Sin duda, mi diploma de estudios superiores sobre un texto inglés medio suponía un tratamiento lingüístico muy tradicional en el que mi pensamiento personal apenas intervenía y, ulteriormente, tuve que concentrar todos mis esfuerzos en la literatura. Pero, desde agosto de 1930, siendo ya catedrático, pude consagrar bastante tiempo a la lingüística.

Durante mi año en Poitiers y mi estancia en Berlín trabajé principalmente en el terreno comparativo. De vuelta a París, asistí a la clase de Fernand Mossé en los *Hautes Études*. Durante una hora leíamos sagas, pero en el transcurso de la segunda hora, en la cual Mossé trataba de lingüística germánica, era yo el único asistente. Escuchaba su exposición durante una media hora y, luego, discutía las ideas expuestas por él.

¿Eran unas condiciones ideales!

En efecto, Mossé tenía muchas cosas que enseñarme. No tenía un pensamiento original, no tenía un gran renombre, pero estaba perfectamente documentado en un campo muy amplio: una erudición formidable, todas las cualidades de un filólogo y, además, un docente muy bueno. Defendió su tesis mucho más tarde que yo. Su tema, la forma en *-ing* en inglés, era muy amplio. El mío, por lo menos de la manera en que yo lo concebía, como lingüista más que como filólogo, lo era mucho menos y, lo reconozco con gusto, lo traté un poco como «gran señor», habiendo comenzado a ser consciente de la originalidad de mi pensamiento. Vendryes, mi director, no sabía muy bien cómo reaccionar, pero los verdaderos lingüistas apreciaron mi independencia intelectual.

Este tema de tesis estaba en el aire en esta época. Meillet había lanzado la idea de una geminación consonántica característica del uso expresivo del indoeuropeo común. Había constatado el carácter marginal del vocalismo *a* en indoeuropeo. Excep-

tuando las *a*- iniciales que resultan de la teoría de las «laringales» (fonemas aspirados idóneos), esta vocal solo aparece en las formas reconstruidas en las palabras del tipo del latín *caput*, que parecen formaciones argóticas recientes. Según Meillet, la geminación consonántica participaba del mismo orden de hechos.

Meillet insistió mucho en el carácter social del lenguaje. Pero no le sacaba quizás todas las consecuencias. Era, debemos mencionarlo, un hombre de despacho al que le faltaba, en este caso, un contacto directo con las clases populares y con el argot contemporáneo. Era el hijo de un médico, criado en el campo, en el Cher, y mucho más protegido, como lo eran los burgueses de la época, del contacto con las clases llamadas desfavorecidas de lo que lo había estado yo en mis pueblecitos de Saboya y, más tarde, en mi hábitat parisino. De los once a los diecisiete años viví en el barrio proletario de las Épinettes en la época en la que el argot de la posguerra de 1914 se extendía ampliamente entre los jóvenes. Era muy sensible a la variedad de los usos: el francés de mis padres no se identificaba ni con el francés de algunos burgueses de Saboya con los que había podido conversar ni, por supuesto, con el dialecto local; mi lengua cotidiana, rápidamente purificada de sus provincianismos más salientes, no era ni la de mis catedráticos, ni la de la fauna de las «fortificaciones».

Meillet nunca precisó cómo consideraba la coexistencia de dos formas distintas del indoeuropeo común, una con *a* y geminadas expresivas y otra sin *a* y con geminadas que se eliminaban automáticamente al aparecer en la sutura de dos elementos: la segunda persona **es + si* del verbo «ser» pasa a ser **esi*, aunque se vea restituida como **es-si* por analogía con formas en las que el contexto ofrece la posibilidad de conservar **-si* intacto. Meillet seguía siendo esclavo de la concepción estática de un indoeuropeo primitivo en que era necesario hacer entrar todos los productos de la comparación, mientras que **a* y las geminadas no reducidas no pueden comprenderse sino como la fijación de ciertos productos en el transcurso de diversos períodos de la evolución del indoeuropeo ya representado por distintas lenguas que evolucionan paralelamente y sin contactos.

Muy amablemente consagró, en 1934, uno de sus últimos cursos en el Collège de France a la presentación de la totalidad de sus ideas sobre la geminación en indoeuropeo, lo que hace que mi tercer capítulo se deba totalmente a Meillet. Lo que naturalmente señalo de forma debida y rigurosa.

En el preciso momento en que, en 1931, Mossé me sugería el tema de la geminación expresiva en germánico, un lingüista rumano, Alexandru Graur, que estaba en París desde hacía años, acababa de defender una tesis sobre el tema de la geminación expresiva en latín. Su libro apareció antes de que yo defendiese mi tesis, y suficientemente temprano para que yo pudiera tener conocimiento del mismo. De haber tenido una formación filológica, la lectura de su trabajo me habría inducido a producir una obra de 600 a 800 páginas con análisis en detalle de los hechos para el viejo inglés o el escandinavo. En Berlín, en 1932 y en 1933, me encontré con Wilhelm Wissmann, que trabajaba en aquella época en el tema de los verbos en *-ôn* del viejo alto alemán, verbos en los que la geminación expresiva es de una frecuencia extrema.

La obra que publicó sobre este tema es un modelo de lo que yo habría podido realizar para una de las lenguas del ámbito. Pero, como decía, solo hice lo que entonces me interesaba y produje una tesis que vale más por el atrevimiento de sus ideas que por la minuciosidad de su investigación. Esta no me calificaba de ninguna manera como «germanista general» en el sentido amplio del término «germanista», pero sí como especialista en investigaciones relativas al valor expresivo de la fonía.

La tesis fue bastante bien recibida. Los miembros de mi tribunal no encontraron, sin duda, lo que esperaban. Por otra parte, no tuve muchas reseñas: era joven y desconocido. Pero se emitieron muchos buenos comentarios sobre ella en el Círculo de Copenhague. En 1956-1957, Kuryłowicz, que había venido a París con motivo de su recepción como doctor *honoris causa*, hizo, en el Instituto de Lingüística, una intervención sobre la geminación expresiva en germánico que partía directamente de mi tesis.

En sus investigaciones en este campo, usted concluyó que la geminación tenía un papel importante en la evolución fonética.

Efectivamente. Pero antes de llegar a ese punto retomé el problema desde la base, como un verdadero realista. Soy el primero, pienso, en haber proporcionado, en este tema, unas formulaciones concretas. Meillet, por su parte, tenía unas formulaciones muy abstractas en la tradición saussuriana. La existencia de la geminación expresiva en las lenguas no atestiguadas en fecha antigua supuso para mí un grave problema. Durante mucho tiempo tuve dudas sobre lo que yo proponía y, para convencerme de que aquello podía corresponder a la realidad, busqué ejemplos en lenguas directamente accesibles.

Recuerdo el caso que usted citó una vez de este profesor alemán que había pronunciado [ʰim-mʌ]...

No era un profesor, sino el canciller Brüning, en la radio, en 1932, con motivo de sus diferencias con Hitler: *immer und immer wieder* [ʰim-mʌ ʰunt ʰim-mʌ ʰvi:dʌ].

Encontré buenos ejemplos en sueco, donde esta geminación sigue viva. Todos los días se fabrican hipocorísticos con consonantes geminadas a partir de formas con consonantes simples: los críos, en la escuela, llaman *Fridde* a un compañero con el nombre de *Fridén* y *Göjje* al que se llama *Göran*. Las pronunciaciones de Brüning me parecían más interesantes en tanto en cuanto iban a la par con la observación de que los encuentros de consonantes idénticas tienden, en alemán, a reducirse a consonantes únicas: el equivalente de las columnas de Morris era, en Berlín, las *Litfass Säulen* que siempre he percibido como [ʰlitvazɔ̃lən]. *Nimmt Teil* se oye [nimtʰajl].

El problema teórico que me mantuvo despierto varias noches en el momento de la preparación de mi tesis era saber cómo un proceso expresivo puede fijarse para lle-

gar a ser un proceso de formación regular. Es algo que, con la experiencia mucho más amplia que tengo de las lenguas, me parece ahora bastante natural, pero que, en el marco de la enseñanza que había recibido, parecía casi imposible. Operaba, al principio, con la lingüística neogramática de entonces, en la que no era posible suponer acción alguna del sentido sobre la fonía, lo que es excelente en principio. Meillet se situaba en esta perspectiva, pero no sin apertura hacia los iconoclastas del tipo de Schuchardt, que estaban dispuestos a admitir «infracciones a las leyes fonéticas».

De mis prolongados contactos con la geminación resultó un artículo que apareció tras la publicación de *Économie* en 1955 (pero redactado anteriormente), en el que yo emitía la idea de que una consonante geminada que se vuelve tan frecuente como la simple correspondiente, verá su valor informativo reducido, y tenderá a simplificarse en la medida en que puede hacerlo sin confundirse con la simple. Ya había enseñado esto en los *Hautes Études* en 1946, antes de mi marcha a América. A esto se había añadido la misma teoría presentada de forma un poco diferente por Haudricourt, que decía que no puede existir sonorización de consonante oclusiva intervocálica si no hay geminadas. Esto derivaba de una doctrina en la que yo enunciaba que la presencia de geminadas es la responsable de la evolución de las simples. Haudricourt era mucho más categórico y no se molestaba en verificaciones experimentales. Retomó más recientemente el problema, en su obra con Hagège, señalando que la presión podría ser ejercida por otra cosa que por las geminadas, por ejemplo, unas consonantes prenasalizadas /d/ podrían pasar a [δ] bajo la presión de un /^hd/ que tendiese a [d]. En resumen, había, en mi tesis, en la que podríamos ver un trabajo de juventud sin gran importancia, no pocas cosas en germen.

La línea de pensamiento desarrollada en *Économie* continúa la tesis presentada en *La gémination*, pero la reflexión sobre el fenómeno de la geminación abrió la vía hacia la noción de una presión de las consonantes geminadas sobre las simples, que es muy central en *Économie*.

Ya antes he comentado un poco la tesis complementaria. Algunos de mis profesores de inglés, como Huchon y, de forma menos clara, Cazamian, que me apreciaban y pensaban que yo podría llegar algún día a ser profesor de lengua inglesa, me presionaban para que hiciera una tesis complementaria que me habilitaría ante los anglicistas, que, por aquel entonces, no concebían lengua sin literatura. Personalmente, estaba decidido a hacer lingüística sin preocuparme demasiado por su rentabilidad universitaria. Había propuesto a Huchon tratar los numerales en inglés. En aquella época ya tenía la sensación de que había en el tema cosas que decir, aunque yo no hubiera llegado a ser consciente, por aquel entonces, del hecho de que todo giraba en torno a las condiciones de aprendizaje, ya que, más allá de *cuatro*, los números no valen más que en su sucesión, y no en referencia a un conjunto de realidades perceptibles. Pero Huchon, que conocía su mundo, no veía para mí ninguna salvación a no ser mediante una tesis complementaria de literatura pura. Seguí la sugerencia de Meillet y escogí la fonología de la palabra en danés.

Sobre esta tesis debemos decir principalmente que representaba mis reacciones a la enseñanza de Praga. Desde este momento se habían establecido unos contactos con los daneses Hjelmslev y Uldall, y en mi presentación del tema hay una referencia a la «glosemática». La forma embrionaria de esta había sido presentada bajo el nombre de «fonemática» en el Congreso de fonética de Londres en 1935. El rechazo de la «sustancia», tal como será expresado más tarde en *Omkring...*, primera versión danesa de los *Prolegómenos*, ya estaba allí. La aplicación de la pertinencia me permite retener una parte de la realidad física de los sonidos, mientras que, desde 1935, en Hjelmslev y Uldall se dejaba ver la noción de unidades distintivas como haces de relaciones sin base en la realidad audible y articulatoria. Todo esto aún estaba en gestación en su mente, como indicaba el hecho de que presentaban sus ideas bajo el título tan sustancialista de «fonemática». Como he indicado anteriormente, es en la línea de un comentario mío, en el que anotaba esta inconsecuencia, ya que *fon-* indicaba sustancia, como, en el transcurso del año siguiente, volvieron a reflexionar sobre el problema y rebautizaron la «fonemática» como «cenemática», del griego *kenos* ‘vacío’, frente a «pleremática» del griego *plērēs* ‘lleno’, estudio del significante que se oponía al de los significados. Pero estas elecciones léxicas sugieren la doble articulación: ¿lleno de qué sino de sustancia semántica? En los primeros párrafos de mi *Phonologie du mot en danois* oímos el eco de nuestras conversaciones del verano de 1935 en Londres.

Si intentamos medir la distancia recorrida entre la *Phonologie du mot en danois*, editada en 1937, y *Hauteville*, editado en 1945, constatamos un progreso bastante sensible de mi pensamiento, ya que, teniendo más confianza en mí mismo, solo se trataba para mí de argüir la necesidad de la sustancia. Tengo interés, además, en subrayar que el antisustancialismo de Hjelmslev era mucho más claro cuando redactaba la versión original de *Prolegómenos* que más tarde, cuando ya se había moderado mucho al haberse dado cuenta, ante la lectura de sus críticas, de que estaríamos perdidos de hacer totalmente abstracción de lo que él llamaba «la sustancia formada».

Ya he señalado, creo, que Hjelmslev tuvo que sentirse herido por ciertos comportamientos, probablemente condescendientes, de Trubetzkoy hacia él. Esto lo llevó a acentuar constantemente la novedad de su mensaje, y las «connotaciones» hjelmslevianas son una forma de retomar en nuevos términos la enseñanza muy desarrollada y muy coherente de Trubetzkoy sobre las «variantes», en el marco de una fonostilística.

Con la salvedad de que Trubetzkoy no llamaba a esto «connotaciones».

Precisamente. Como consecuencia de la introducción del término *connotación*, nuevo en este contexto, se ha ignorado después totalmente la enseñanza de Trubetzkoy en la materia. Podemos decir que la política hjelmsleviana fue un intento de ocultación de la fonología.

¿Cuál era la relación de Hjelmslev con la doctrina de Saussure?

Saussure era el único sabio al que este espíritu independiente y seguro de sí mismo rendía homenaje, su único maestro. Y efectivamente, basa su antisustancialismo en la enseñanza de Saussure. Pero ¿qué es lo que no encontramos en Saussure? Volvamos a la fonología y al camino recorrido entre *Phonologie du mot en danois y Hauteville*. Primero, una precisión: el número de *Linguistique Romane* donde apareció *Hauteville* llevaba fecha de 1939, ya que las revistas querían, tras la guerra, completar sus series, y se hizo que apareciese en 1945 un número fechado en 1939. Los que confiarían en la indicación 1939 podrían pensar que entre 1937, fecha de publicación de *La Phonologie du mot en danois*, y 1939 la evolución de mi pensamiento fue un poco rápida. En realidad toda la guerra transcurrió entre las dos publicaciones y se editó *La prononciation du français contemporain*.

La encuesta de Hauteville, ¿la tenía usted hecha en 1943?

Más o menos. La había empezado bastante pronto junto a mi madre. Pero podemos situarla a partir de 1942, y sobre todo en 1943. La redacción fue posterior, y el aspecto teórico y metodológico se sitúa más bien en 1945. *Hauteville* no era un manual de descripción, sino meramente una ilustración del método, y pude retomarla sin mucha vacilación como base para una presentación más teórica cuando en 1956, a mi vuelta de América, me di cuenta de que hacía falta un manual de fonología.

Hubo una clara evolución de mi pensamiento fonológico en el transcurso de la guerra, y, más ampliamente, entre 1937 y 1947, fecha de la publicación de «Où en est la phonologie» en *Lingua*. Desde 1956, he impartido clases de fonología en la Escuela de estudios superiores, en Buenos Aires y en Québec. Pero si hoy parece necesario reemplazar la *Description phonologique* por una nueva obra, es porque otros han seguido adelante. Existen ahora los *Éléments de phonologie fonctionnelle* de Pierre Martin. Por su parte, Henriette Walter está preparando un manual. Tsutomu Akamatsu, que da clase en Leeds, ha publicado recientemente varias obras sobre el tema, especialmente un tratamiento de la neutralización que hace época y un manual: *Essentials of Functional Phonology*.

Una vez conocidos los principios generales de Praga y habiendo tomado posición con respecto a los cinco primeros números de *Travaux*, ya no recibí gran cosa de este lado. Fui demasiado lejos en el espacio para ser nunca integrado en la Escuela y apenas tuve relaciones epistolares más que con Trubetzkoy. Me crucé con Bühler una vez, en París, entre dos puertas.

La única deuda precisa que debo señalar es hacia Trubetzkoy: existe un pequeño artículo suyo sobre el cambio de /g/ a /h/ en ucraniano y en checo que me había llamado la atención. Leyéndolo, tomé más claramente conciencia de la noción de presión paradigmática, es decir, de la influencia unos sobre otros de los fonemas susceptibles de figurar en los mismos contextos. Para ver la amplitud de mi deuda, necesitaría volver a leerlo. Pienso que la influencia era indirecta, ya que él tenía una visión

muy idealista de las cosas. Yo sé por su yerno Isatchenko que era espiritualista, muy religioso, e incluso místico cuando cuadraba, lo que explicaría su utilización de la noción de armonía de los sistemas, que nos lleva bastante lejos del funcionalismo.

En realidad, mi soledad lingüística solo desaparece con los daneses. Muy rápidamente, sin embargo, en París apareció Haudricourt, que siguió mi enseñanza de 1938 a 1947, con la interrupción de la guerra. Con los daneses, existe comprensión mutua, pero casi instantáneamente guardo mis distancias. Con Haudricourt, existe una evolución paralela. En un artículo publicado en inglés en *La linguistique*, en 1977, doy a grandes rasgos la evolución de mi pensamiento y especialmente mis acuerdos y desacuerdos con el pensamiento hjelmsleviano. Mi último gran esfuerzo creador en fonología sincrónica dio como resultado mi artículo sobre la correlación, publicado en el volumen 8 de los *Travaux du Cercle linguistique de Prague*, tras la guerra, que me costó tantos esfuerzos. Todo *Économie* deriva de aquello.

Antes de la guerra, mi producción se reparte entre el *Bulletin de la Société de linguistique* y nuevos volúmenes de *Travaux*: «Neutralisation et archiphonème» apareció en 1936, en *TCLP* 6, y «Nature phonologique du stød danois», en la misma fecha, en el *BSL*. Otro «papel» que está en el origen del *Économie* es «Équilibre et instabilité des systèmes phonologiques», en realidad una contribución presentada en 1938 al Congreso de fonética de Gante. Fue una de las dos comunicaciones que los participantes percibieron como introductoras de nuevas perspectivas; la otra era aquella en la que Jakobson se atrevía, por primera vez, después de la muerte de Trubetzkoy, a presentar una primera versión de su binarismo generalizado.

Tras la guerra apareció en *Acta linguistica*, en Copenhague, un artículo titulado «Un ou deux phonèmes», que asentó mi reputación ante ciertas personas por el hecho de su carácter muy formal. Debo señalar, por último, el artículo programático «Où est la phonologie» publicado en el primer número de *Lingua*, en 1947.

Mi traslado a América, en 1947, modificó en gran medida las condiciones y el sentido de mi investigación. Mi fonología no tenía mucho en común con la de los epígonos de Bloomfield. Ya no se trataba de integrarme en una corriente reorientándola, sino de tomar distancias. No habrá ruptura, pero, por razones relativas a la naturaleza de mi enseñanza, el giro diacrónico de mi pensamiento va a acentuarse.

Fui catalogado, desde mi llegada, como un acólito de Jakobson, como un europeo poco deseable, francamente antibloomfieldiano, lo que limitó seriamente los contactos que pudiera establecer. En realidad, como hemos visto, Jakobson y yo discrepábamos sobre lo esencial. Los demás «europeos» eran, en su conjunto, filólogos. A la discreta hostilidad que me rodeaba, contesté con cierta brutalidad. Pienso en mi reseña muy virulenta del libro consagrado a la estructura del francés por Robert A. Hall Jr. Se quedó sin respuesta, pero detuvo el proyecto de colección del cual el libro de Hall debía formar parte. Este episodio no mejoró mis relaciones con los lingüistas americanos, pero tampoco las agrió. Hay que reconocer que en estos temas los americanos ven las cosas de forma más simple y clara que los europeos: mi informe parecía legítimo; yo respondía a una hostilidad, ciertamente latente, pero evidente, con otra

hostilidad. Mucho más tarde he encontrado el mismo propósito de no engañarse en la reacción de ciertos americanos al control soviético sobre Afganistán. En Francia, cuando se produjeron los acontecimientos de Polonia, de Afganistán, de El Salvador o de Chile, cada uno de nosotros reaccionó de modo partidista: relacionar los acontecimientos de El Salvador con los de Polonia, los de Afganistán o los de Chile reconociendo que, por ambas partes, existía una ingerencia del más fuerte quedaba totalmente fuera de lugar. Hace algunos años, Linguaphone, que era un negocio británico, pasó, durante un tiempo, a manos del grupo americano Westinghouse. Tuve ocasión de oír a algunos representantes del grupo discutir entre ellos de los asuntos de Afganistán. Establecían inmediatamente y «sin complejos» un paralelismo entre la intervención soviética en este país y la americana en Vietnam. Podemos llamarlo cinismo. Pero prefiero esto a ser de miras estrechas. Tras mi ataque, Bob Hall, [bab'hɔ:l] como lo llaman, reaccionó de manera más bien simpática. Pero tampoco deduje de esto que me hubiera equivocado al echar por tierra su trabajo.

DE LA FONOLOGÍA A LOS MANUALES GENERALES

La obra que, cronológicamente, sigue sus tesis es La prononciation du français contemporain, en 1945.

Ya he mencionado las condiciones en las que se hizo la encuesta sobre la que se basa. El título, muy poco descriptivo del contenido, me fue prácticamente impuesto por Mario Roques en una comunicación telefónica. Yo pensaba, por mi parte, hacer figurar «Phonologie» o «phonologique». Pero Roques declaró brutalmente que la fonología no interesaba a nadie —lo que no era falso en aquella época— y me impuso este camuflaje. Sin resultado, por otra parte: el público interesado sabía sobradamente que, bajo la firma Martinet, solo se podía encontrar lo que entonces aparecía como rocambolesco. Quizás algo como «L'éventail des prononciations du français» habría sido más llamativo. Además, más allá de las innovaciones metodológicas, es allí donde se encuentra el mensaje.

La pronunciación del francés, correcta, reconocida, aceptable, se revelaba, en efecto, mucho más variada de lo que se imaginaba en general. El libro fue leído por algunos de mis estudiantes americanos a los que les interesó como nos puede interesar algo exótico, sin sacar, pues, conclusiones generales: la situación francesa les parecía, con toda razón, demasiado diferente de la que ellos conocían al otro lado del Atlántico. Esto se puso en marcha mucho más tarde, a mi vuelta a París, con la encuesta de Guiti Deyhime. Ella prácticamente rehizo la encuesta, con un público un poco diferente, un público que era más directamente accesible, un público de estudiantes. Utilizó el mismo cuestionario con algunas modificaciones que yo mismo había sugerido sobre la base de los resultados obtenidos.

Anteriormente se había realizado la encuesta de Ruth Reichstein, limitada a París, y hecha con el mismo espíritu, pero con un cuestionario bastante diferente y un enfoque mucho más sociológico. Ruth era, al principio, etnóloga. Su idea, quizás ins-

pirada por la lectura de *Pygmalion* de Bernard Shaw, era anotar las diferencias entre los distintos barrios de París. No obstante, le faltaba, en la presentación dada de los resultados, un conocimiento íntimo de lo que era la estructura de la sociedad francesa en general y parisina en particular. El interés de la encuesta de Reichstein viene del hecho de que, por primera vez en el estudio de la fonología francesa, se consideraban los problemas con un enfoque propiamente social. Yo no tenía este problema: mi círculo social era muy limitado, tenía contacto con oficiales y la única subclase posible era la de los maestros con los que he tratado aparte.

A partir de estas dos encuestas, pues, ha habido un nuevo arranque, y fue entonces cuando entró en juego Henriette Walter, que, como colaboradora técnica, había estado en constante contacto conmigo durante un cierto número de años. Comenzamos a trabajar juntos. Luego ha seguido sola y ha proporcionado el marco de las investigaciones proseguidas en este campo.

¿Podemos decir, pues, que usted ha hecho sociolingüística antes de que existiese esa palabra?

Sí, pero con un espíritu mucho más lingüístico que sociológico. La sociología para mí solo representaba ciertos factores entre otros. Lo que me impresionaba aún más que las diferencias sociales, sin duda partiendo de la realidad francesa, eran las diferencias geográficas, regionales. Si mi público me hubiera dado esta posibilidad, hubiera estado dispuesto a ver igualmente cuáles podían ser las repercusiones del estatus social sobre la pronunciación del francés. Las circunstancias apenas me permitieron abordar el problema bajo este ángulo.

Labov, por su parte, ha fijado desde el principio su atención en el aspecto sociológico de los hechos de pronunciación. No ha intentado ver —lo que habría podido tener un sentido— si la pronunciación del Bronx era la misma que la de Jamaica, de Upper Manhattan, de Lower Manhattan, etc. Planteó, al inicio, la homogeneidad de las pronunciaciones populares neoyorquinas (negros aparte) —lo que probablemente estaba bien pensado—, examinó el condicionamiento social del abandono de las formas propiamente neoyorquinas en provecho del americano en general practicado por las clases de gran movilidad geográfica que desde su infancia utilizan esta forma de inglés o se han adaptado a ella. Los procesos descritos por Labov debían existir cuando yo vivía en Manhattan, de 1947 a 1955, pero de forma mucho menos acentuada, y por mi parte no fui afectado por ellos. Cuando llegué a Nueva York, en julio de 1944, practicaba una pronunciación británica, estándar. No sentía ningún deseo de conservarla y así cedí a las presiones locales.

Por supuesto, existió, en el fondo, el hecho de que América es acogedora para con el recién llegado y está dispuesta a integrarlo, mientras que Inglaterra lo mantiene, con educación, apartado. Hagamos lo que hagamos, siempre tendremos la sensación de «imitar» a los ingleses, mientras que seremos rápidamente identificados como americanos. Durante nueve años me sentí neoyorquino, mejor manhattaniano, sin ne-

cesidad ni deseo de imitar, por ejemplo, a aquellos de mis estudiantes o colegas de Columbia que vivían del otro lado del Hudson, en Nueva Jersey, a dos kilómetros, a vista de pájaro. En cuatro años, había eliminado todos los britanismos que podían extrañar a mis interlocutores. Pero no participaba de la dinámica de la fonología local que observaba en la pronunciación de Teresa. Tradicionalmente, Nueva York, como el británico estándar, no pronuncia la *r* tras la vocal de la sílaba: *shark* es, por tanto, [ʃa:k]. En cambio, *shock* se pronuncia, como en americano general, igualmente con una [a] [ʃak], pues. Pero como la tendencia general es a alargar las vocales abiertas, la distinción de longitud vocálica entre *shark* y *shock* se mantiene con dificultad y, en Manhattan, a mediados de siglo, la [a:] de *shark* tiende hacia [ɔ:] empujando la [ɔ:] de *chalk* [čɔ:k], que tendía hacia una [o:] que ya no se distinguía de la vocal de *choke* [čɔ^uk] más que por la diptongación de esta.

Un día Teresa reclama a su madre lo que esta última interpreta como «*some lord*». Se trataba en realidad de *lard*, ‘manteca de cerdo’, que su maestra pedía para el *finger painting*. Esta pronunciación estaba, en aquella época, muy extendida entre los verdaderos neoyorquinos. Cuando oí por primera vez el sintema argótico *smart Alec* ‘pillo’, en boca de una señora de unos cincuenta años, lo percibí como [smɔ:’dælek] con una primera vocal un poco cerrada y redondeada. Este tipo de hechos no se manifiesta en absoluto en las encuestas de William Labov.

Mucho antes de Labov, hacia 1950, se publicó una tesis sobre las pronunciaciones neoyorquinas, de Alan Hubbell, con el que he dialogado largo y tendido. La dinámica que señala Labov no aparecía en ella. El mismo Hubbell era neoyorquino, pero, en aquella época, no era sensible a la presión ejercida sobre Nueva York por el americano en general. La dinámica que interesa a Labov es una dinámica más social que lingüística. Los rasgos que anota son rasgos lingüísticos, pero ilustran un proceso social.

Yo mismo he estado sometido a la dinámica descrita por Labov, pero no en Nueva York. Mantuve mi pronunciación manhattaniana durante el tiempo que viví en América. Cuando fui, en 1955, antes de volver a Europa, a California, a Berkeley, para realizar allí un curso de verano, algunas de mis amables oyentes declararon «encantador» mi acento neoyorquino. En esta época, *New York*, en mi pronunciación, era *nooyoauck*, y no *nooyaurk**. Cuando más tarde he vuelto a los Estados Unidos, he mantenido contactos con americanos de orígenes varios, por ejemplo, en 1959 en Ann Arbor, en Michigan, o en 1971, en Princetown. Allí he vivido la presión descrita por Labov. Hoy en día estoy en la posición descrita por una de mis antiguas estudiantes, Vivian Lawrence, la de las gentes originarias de Nueva Inglaterra (al Este de Hartford, Connecticut) que, al principio, no pronuncian la *r*, pero que, cuando han viajado mucho, dudan un poco entre su norma inicial y la imitación de la norma dominante. Pienso que mi pronunciación varía igualmente entre las dos normas, y esto dependiendo de la gente con la que converso. Sin embargo, cuando estoy en Gran Bretaña,

* Sic grafías en el original francés.

me siento tentado a acentuar los rasgos americanos de mi pronunciación para que mis interlocutores estén dispuestos a aceptar algunos americanismos léxicos que me sobrevienen sin querer, por ejemplo, *I reckon* en vez de *I think*. Pero, por supuesto, es muy probable que mis *r* se atenúen y desaparezcan. Es interesante seguir la dinámica de los usos de una lengua cuando se está expuesto a contactos varios. Si se trata de la primera lengua, el proceso es menos consciente, ya que apenas recordamos cuándo aprendimos a hacer tal o cual distinción. Cuando, por el contrario, nos enfrentamos a una lengua que hemos aprendido más tarde, somos mucho más conscientes de las oposiciones fonológicas adquiridas o perdidas, sobre todo cuando se es un profesional como yo.

La presión de la pronunciación neoyorquina sobre la mía se hizo la mayor parte de las veces de forma inconsciente, pero no siempre. Los últimos rasgos británicos que tuve conciencia de perder son los que quedan atestigüados en América, por ejemplo, la falta de pronunciación de [h] en los inicios *wh-*. En Gran Bretaña, [h] es en ellos muy raro, excepcional, pero no incorrecto. Viví mucho tiempo en Nueva York sin distinguir entre *w-* y *wh-*. Pero después de cuatro o cinco años, finalmente cedí. Otro rasgo que adquirí bastante tarde es la pronunciación con vocal plena de los finales en *-ory*, *-ary* de *territory*, *military*, *dictionary*, que es bastante general en América. Pero las pronunciaciones británicas con vocales reducidas, del tipo *territ'ry*, mantienen allí incluso una cierta validez. La rapidez con la que he eliminado mis britanismos dependía naturalmente de la reacción de mis interlocutores americanos a estas formas.

Usted localizó muy pronto...

La mayor parte de las veces no los localicé, me vino así. Siendo conmigo mismo un observador, me doy cuenta de que el orden en el que he eliminado mis britanismos corresponde al grado de reticencia que podían suscitar ante los americanos. La primera «corrección» que hice resultó de la incomprensión de mis interlocutores: al segundo día de mi llegada a América, en 1946, una señora me preguntó de dónde venía. Contesté *I am from France* con, en *France*, la vocal de *pâte*, la que los americanos en general reservan a la «o breve» de *shock*. La señora entendió *Florence* y empezó a admirarse de los encantos de Italia. Enseguida rectifiqué y pronuncié *France* con la vocal de *bad*. Desde este instante, con mi entrenamiento fonológico, modifiqué todos mis [a] de este tipo en [æ], como en *dance*, por ejemplo.

Hay que señalar que nunca me dije conscientemente que quisiera eliminar mis britanismos como tales.

Desde el punto de vista de los métodos de encuesta, ¿hay diferencia entre los suyos y los de Labov?

Si, es algo muy diferente. En lo que se refiere a mi encuesta, hay que recordar que las condiciones en el campamento eran muy particulares. Mi trabajo me resultaba

más fácil dado que vivíamos todos juntos, que mis compañeros tenían tiempo que perder y que, además, era conocido por todos como cantinero.

Más tarde, todavía durante la guerra hice en Saboya una encuesta sobre los sistemas fonológicos de los dialectos, encuesta de la que he utilizado algunos datos en un artículo de los *Mélanges Straka*. Dicha encuesta pretendía determinar la unidad o la variedad de los sistemas fonológicos dialectales contiguos. He definido el *patois** como el dialecto que se desmenuza. Los *patois* divergen mucho de un pueblo a otro. Pero el problema que se me planteaba era saber si solamente divergía el léxico o si la fonología estaba también afectada y cuál era el grado de variabilidad de los sistemas fonológicos en una zona bastante limitada. En el verano de 1943, me encontraba de nuevo en Hauteville, tras mi estancia allí en Pascua para mi encuesta relativa a la descripción de la fonología local. Había decidido hacer encuestas en todos los pueblos saboyardos del valle del Isère, entre Albertville y Montmélian. Había previsto una treintena de puntos de encuesta, pero no tuve tiempo de tocar más de una docena de ellos. Mi cuestionario era bastante corto. Estaba hecho simplemente con vistas a extraer la fonología local. Mis observaciones revelaron que los sistemas fonológicos eran sensiblemente diferentes de un pueblo a otro. La *a* galorromana pasó a ser, en Hauteville, uniformemente [ɔ:]. En los pueblos vecinos, podemos encontrar un fonema representado por variantes que van de [a:] a [ɔ:]. La confrontación de los resultados revela una dinámica fonológica, la que he presentado en *Économie des changements phonétiques*.

Casi no he hecho mención de los resultados de esta encuesta porque tenía la impresión de que me había quedado bloqueado y de que no había podido extraer todo lo que se hubiera podido concluir de las observaciones recogidas. Además, siempre se duda antes de comentar datos de los *patois* porque son difícilmente verificables: si usted declara que, en el uso parisino, no se distingue entre *in* y *un*, la veracidad de sus palabras puede ser fácilmente establecida; pero si hace una afirmación del mismo tipo en relación con el *patois* de un pequeño pueblo de doscientos habitantes perdido en el fondo de una provincia, la gente pensará sin duda alguna que nada le impide decir lo que quiera ya que no se va a ir a verificar sobre el terreno.

Las condiciones de encuesta eran totalmente diferentes a las del campamento. Iba en bicicleta de pueblo en pueblo, iniciando la conversación con la primera persona que encontraba preguntándole si conocía a alguien que quisiera contestar de buen grado. A veces la misma persona aceptaba contestar. Si no, me indicaba alguien que tendría el gusto de reaccionar a mis preguntas. A menudo una persona mayor o, por ejemplo, aquel hombre, aún joven, que me contestó de manera muy satisfactoria sin dejar de coser unas hojas de tabaco.

* Mantenemos aquí el término original francés.

Entre la publicación de su encuesta con los prisioneros y los Éléments de linguistique générale, ¿no ha publicado otros libros?

Sí, precisamente *Économie* y *La description phonologique. La Prononciation du français contemporain*, que presentaba los resultados de mi encuesta en el campamento, salió en 1945. En América, adonde llegué en 1946, no he publicado ningún volumen, pero allí preparé *Économie des changements phonétiques* bajo la forma de una serie de artículos aparecidos, en su mayoría, en *Word*, mi propia revista, pero también en *Language*, *Romance Philology* y la *Zeitschrift für Phonetik* de Berlín. Podemos sin duda preguntarnos por qué lo esencial de mi producción americana versaba sobre problemas de fonología diacrónica y no sobre la teoría descriptiva. La cosa se explica, en realidad, bastante fácilmente. En Columbia era profesor de lingüística comparada indoeuropea y de lingüística general, pero, en un país y en una época en que la teoría y la metodología bloomfieldianas estaban en candeleiro, me era más fácil tratar de la evolución de las lenguas que de descripción sincrónica, terreno donde inmediatamente me habría encontrado en conflicto con mis colegas. La enseñanza en esos temas que impartí más tarde en París, y que se concretó en 1956 en *La description phonologique* y naturalmente en los *Éléments*, cuatro años más tarde, está en la línea de la que yo dispensaba en Columbia. Allí dirigí un cierto número de trabajos de descripción sincrónica. Pero lo esencial de mi producción personal versó sobre la diacronía. Si consultamos los números de *Word* de 1948 a 1955, nos damos cuenta de que, cada año, y a menudo incluso en dos fascículos consecutivos, hay un artículo mío sobre algún problema de fonología diacrónica. Son sobre todo estos artículos los que me sirvieron de ilustraciones cuando en 1954, estando en un retiro sabático en Francia, con la ayuda de Jeanne compuse, de abril a julio, la *Économie des changements phonétiques*. La primera parte, de 200 páginas dedicadas a la teoría, representa el desarrollo de un artículo muy condensado publicado en *Word*. Las siguientes 200 páginas, las ilustraciones, son en la mayoría de los casos unas traducciones o adaptaciones, realizadas por Jeanne, de artículos previamente editados, mayoritariamente en inglés. El libro se publicó en 1955 en francés. Yo estaba aún en Nueva York, pero sabía que tenía que volver a Francia y tenía la impresión de que las personas interesadas podían encontrar en otra parte los originales ingleses. Quizás, sin embargo, si hubiera publicado el libro en inglés, la difusión hubiera sido más amplia. El libro fue rápidamente publicado en otros idiomas. En ruso, primero, por iniciativa de Andrei Zalizniak, pero excluyendo la parte ilustrativa, donde figuraba un tratamiento de la evolución del eslavo común. Esta parte, sin duda, no era del gusto de Zvingincev, el que había dirigido la publicación.

Vivian Lawrence, de la cual he dicho anteriormente que había estudiado las pronunciaciones variadas de políticos americanos, decidió un día traducir el libro al inglés, porque me quería bien, sin pedirme mi opinión, y, curiosamente, de cabo a rabo, lo que era aberrante, ya que la mitad de los originales habían sido redactados en inglés. No tenía ninguna experiencia en la traducción y su manuscrito estaba plagado de galicismos. Me costó mucho poner su inglés a punto, incluso con la eficaz ayuda de mi colaboradora técnica de entonces, Colette Lévy, y de su padre, de origen ameri-

cano. El manuscrito había sido aceptado por la University of Alabama Press, que finalmente no lo publicó. Espero que un día la nueva versión, la que he recompuesto para la traducción alemana, sea adaptada al inglés y, por qué no, publicada en francés.

Entonces, antes de mi vuelta a Francia, y antes de la publicación de *Éléments*, que data de 1960, apareció *Économie*, el que, en el plano internacional, está considerado como mi producción más original. En Francia, he sido conocido a partir de los *Éléments*, que, por el contrario, en América no han tenido ninguna repercusión. A pesar de una edición americana barata de la traducción británica, el resultado fue absolutamente nulo, incluso ante los que habían sido mis estudiantes en Nueva York. Los *Éléments* eran el resultado de un esfuerzo teórico realizado con ocasión de mis cinco años de enseñanza en la Sorbona entre 1955 y 1960 y allí ya no estaban mis antiguos estudiantes: había en los *Éléments* el esbozo de un tratamiento original de la primera articulación, mientras que anteriormente, en esta materia, me sentía tentado de confiar plenamente en mis predecesores.

La description phonologique había sido una reedición de la descripción de *Hauteville*, precedida de una introducción general. No era perfecto como manual, pero solo tenía los quince días de vacaciones de Semana Santa para realizarla. Y me doy cuenta de que era algo bueno, ya que ha tenido un número considerable de ediciones. Era, en realidad, el único manual de descripción fonológica existente.

Lo que es extraordinario es que la gente de Praga y de Viena, que lanzó la fonología, no haya dado prácticamente nunca una descripción fonológica completa. Solo yo la he hecho, dos veces: para el danés y para *Hauteville*. Es un poco como si ellos no lo hubiesen creído. Tenemos que decir que un hombre como Trubetzkoy estaba tan metido en la presentación general de la teoría que no tenía ni tiempo ni energía para producir una descripción. Trubetzkoy se había contentado con una mor(fo)fonología del ruso publicada en el fascículo 2 del quinto volumen de los *Travaux du Cercle linguistique de Prague*. Ya he dicho qué error metodológico presentaba este estudio. Se suponía que Jakobson debía redactar, como fascículo 1 del número, la fonología del ruso. La hemos esperado en vano. Jakobson hacía montones de cosas, pero se echaba atrás ante los trabajos de larga duración, a no ser que alguien los redactase por él. Con la excepción de la *Kindersprache*, los libros que publicó están siempre firmados por Jakobson y alguien más, y este alguien es el que se ha encargado de la redacción.

Hasta la publicación de *Éléments* en 1960, todas mis obras habían estado consagradas a lo que llamo la segunda articulación, sean mis dos tesis de 1937, *La Prononciation du français*, de 1945, *Économie*, de 1955, o la *Description*, de 1956. Tenía la sensación de que, incluso en los años cuarenta y cincuenta, en los que el interés de los investigadores se enfocaba hacia la primera articulación, me interesaba centrar mi atención sobre la fonología, sincrónica y diacrónica, porque ahí podía aportar algo nuevo. Al llegar a la Sorbona en 1955, constataba que el interés por la lingüística descriptiva era muy vivo: los africanos, los franceses, solo esperaban mi vuelta para inscribir sus tesis. Pero, si pensaban que eran capaces de presentar la morfología y la sintaxis de su lengua, no lograban saber cómo, a partir de los *Prncipios* de Trubetzkoy,

podrían extraer la fonología. Habiendo incluido entonces la *Phonologie d'Hauteville* en un manual de descripción, tuve la sensación de que podía en adelante centrar mi atención en otra cosa. De 1956 a 1959, intenté aplicar a la primera articulación los métodos que pensaba haber extraído para la segunda. Yo no partía de cero, ya que había iniciado el tema en los Estudios Superiores ya en 1938, pero no había sido sobre esta cuestión mi reflexión en Nueva York. Lo que se encuentra, en los *Éléments*, sobre esta materia es evidentemente muy esquemático: unas cuarenta páginas para las unidades significativas, como para la fonología, pero para esta última teníamos la *Description*. Sin embargo, estas cuarenta páginas, completadas por mi enseñanza, han permitido a los descriptores franceses de los quince años siguientes dar de la gramática de su lengua una presentación más fiel de la realidad que si hubiesen sido abandonados a su suerte.

Estas cuarenta páginas, ¿son ideas que plasmó por escrito y que retomó posteriormente?

Efectivamente. Pero finalmente no lo guardé todo. Aparté un cierto número de nociones, no voluntariamente, sino porque no las he necesitado ulteriormente. Estas nociones las eliminé solamente en la edición de 1980 de los *Éléments*. Necesité muchos años y la dirección de numerosas tesis para profundizar en todo esto. Lo hice en una serie de artículos en el transcurso de los años sesenta. Estos artículos figuran en *Studies in Functional Syntax*, publicado en Munich, en Fink. Había hecho, desde 1968, una selección entre estos artículos. El libro debía publicarse muy rápidamente. Ya había sido anunciado en los catálogos de la editorial Fink, en 1972, creo, y esperaba recibir un ejemplar en quince días. En realidad, recibo una carta donde me anuncia que no se recompondrán los textos ya impresos y que se van a fotocopiar. Estaba muy molesto: los textos que había enviado suponían modificaciones bastante importantes y no podía aceptar ver publicados tal como estaban aquellos textos con los que ya no estaba totalmente de acuerdo. Redacté íntegramente, para cada uno de los artículos, un resumen, en francés para los textos ingleses y viceversa, y unas puntualizaciones para publicar al final del libro con los resúmenes. Este libro, en mi espíritu, debía corresponder a lo que había sido *Économie des changements phonétiques* para mi actividad americana de los años 1940-1950, es decir, una especie de suma de los trabajos de esta época. La diferencia, es que *Économie* había sido repensado y reorganizado en 1954, lo que no me estaba permitido esta vez. Estas circunstancias conllevaban para mí la necesidad de redactar un tomo nuevo, el que no ha visto la luz hasta 1985 bajo el título de *Syntaxe générale*.

Quizás podríamos volver sobre los Éléments, sobre la primera parte en particular, donde usted desarrolla las bases del funcionalismo. Creo que nunca antes había desarrollado la noción de economía...

Como dijo con gran certeza Mounin, «entre los que conocen a Martinet, hay los que solo han leído los *Éléments* y los que además han leído *Économie*». Lo veo actualmente, por ejemplo con François Lo Jacomo, que me ha enviado, recientemente, un artículo muy interesante. Con toda evidencia, quizá ha ojeado *Économie*, pero no lo ha leído. Los *Éléments* son, en realidad, mis notas del curso 1958-1959 sin modificación muy considerable.

Ha habido un poco más tarde también otro libro que ofrece la misma enseñanza, pero con una presentación diferente, destinada a un público anglófono. En efecto, en el momento de la aparición de *Éléments*, en otoño de 1960, fui invitado por el presidente del Magdalen College de Oxford para dar una serie de conferencias en esta ciudad. Quizás, pensaba para mí, en una cátedra de lingüística que no existía en aquella época. Una versión ampliada de mis conferencias se publicó bajo el título de *A functional View of Language*. No estoy seguro de haber encontrado el tono adecuado ante el público británico. Muchos ingleses eran, en aquella época, bastante antiamericanos y mi acento americano me perjudicó considerablemente... incluso en el hotel, donde se me ponía mala cara ¡hasta el momento en el que presenté mi pasaporte francés! Este antiamericanismo me parece hoy en día muy superado; los ingleses comprendieron que América era el porvenir de Inglaterra. En todo caso, en mi opinión, la versión inglesa de los *Éléments* debía ser el libro publicado en 1962 por Oxford University Press. Yo no pensaba que sería nunca presentado a un público francés. Pero Henriette Walter no estaba de acuerdo con esto, por lo que ella y su marido han hecho una traducción. Pienso, finalmente, que incluso un lector de los *Éléments* puede encontrar alguna cosa interesante en ella y es probablemente más accesible.

El lector se siente en general agradecido al encontrar bajo una forma un poco dulcorado un pensamiento muy condensado tal como se encuentra en los Éléments.

El libro además ha sido en un primer momento traducido al italiano, por nuestra amiga Giovanna Madonia, y eso me valió el premio mencionado anteriormente y varias invitaciones, varios años consecutivos, para dar conferencias en Italia. Los *Éléments* se vendieron, pues, muy bien en Francia, en los países hispanófonos, en Portugal, en Alemania, pero no en Escandinavia ni en Holanda, donde no existe ninguna traducción a la lengua de estos países, ni en Inglaterra, donde la mujer de mi colega Parker lo había traducido sin consultarme ni advertirme.

Rápidamente aporté muchas modificaciones detalladas, sobre el sintema, por ejemplo, y luego enmiendas más considerables cuando el libro cambió de colección. Sobre todo en sintaxis tuve que añadir varios párrafos complementarios y reescribir totalmente otros (siendo los números de los párrafos los mismos). He aquí, pues, los *Éléments* en contraste con *Langue et fonction* (es la traducción de *A Functional View of Language*). Pienso que ha habido, para este último, más lectores para la versión francesa que para la inglesa (que ya no existe en librería, pero es verdad que 1962 es una fecha antigua). Ya he señalado que ha habido, de *Langue et fonction*, una

edición popular muy mala con meteduras de pata sensacionales, del tipo de *estadístico* por *estático*.

Así pues, fallé totalmente con este libro, pero finalmente alcancé a otros públicos, polaco, español, japonés, serbocroata, que aquel que tenía en mente.

Lo que sorprende en los Éléments en relación con su producción anterior es evidentemente que, por primera vez, usted introduce consideraciones que no son fonológicas.

Es verdad si se mencionan solamente los libros. Si tomamos en cuenta el detalle de mi producción anterior, podemos constatar que no me encerré totalmente en la fonología. Pienso en un artículo, «Dialect», publicado en *Romance Philology*. Tuvo lugar, en 1946, la presentación muy detallada, en el *BSL*, en el momento de su publicación, de *Omkring...* de Hjelmslev. Por otra parte está un informe sobre el parentesco de las lenguas germánicas, contribución publicada en las *Actes* del abortado Congreso de lingüística de Bruselas en 1939, donde yo hago valer la fonología, pero donde intervienen otros aspectos de las lenguas. Además, en las preocupaciones relativas a las lenguas artificiales, siempre he dejado completamente de lado la fonología. Salió igualmente de mi pluma el muy agresivo artículo a propósito del libro de Hall sobre el francés, donde la crítica versaba sobre algo distinto de la fonología. Por último, con ocasión del Congreso de París, en 1948, me pronuncié por primera vez por escrito sobre la organización y el análisis de la primera articulación.

El tema del Congreso, era justamente el acercamiento de la primera y la segunda articulación.

Sí, si así lo quiere usted. Era, grosso modo: ahora que tenemos la fonología, ¿qué vamos a sacar en limpio para los demás campos de la lingüística? Había toda una serie de preguntas sobre la morfología, la sintaxis, etc., y les di respuestas que todavía hoy siguen siendo válidas; pienso, por ejemplo, en la pregunta sobre la palabra. Por otra parte, en 1950, mientras todavía estaba en América, me pidieron un artículo para un número especial del *Journal de psychologie* y lo dediqué a la organización de la primera articulación: se trataba de una reflexión sobre la oposición del verbo al nombre. Mi título era «L'opposition verbo-nominale». El artículo ha sido reproducido en *La linguistique synchronique*.

Usted tenía la experiencia del vasco...

Sí. Algunos contactos con vascófonos en 1938 y bastantes lecturas. Recuerdo las discusiones que mantuve con Benveniste sobre la relación entre el verbo y el nombre antes de mi marcha para América, en las que, con toda evidencia, a él le costaba imaginar lo que podía ser una lengua sin una distinción de este tipo. En esta con-

versación, mis audacias iban mucho más allá que las tuyas. Se atrevía bastante con el pensamiento, pero el temor a equivocarse le impedía ir más allá, incluso cuando aún no se trataba de publicar.

Para volver sobre estas publicaciones sobre cosas distintas de la fonología, me habían pedido, para el Congreso de Londres de 1952, informar sobre la pregunta: ¿existen áreas de afinidades gramaticales como existen áreas de afinidades fonológicas? Y había redactado algo bastante divertido, que no debió de causar mucha impresión en aquella época. Había expresado el deseo de que se hiciera un estudio de los diferentes rasgos, léxicos u otros, en una zona que se extiende desde el Sena hasta el Weser, para intentar encontrar trazas de ellos a través de las fronteras lingüísticas: en el norte de Francia se dice *grand assez* con el mismo orden que en alemán *gross genug* y en inglés *big enough*. Meillet había presentado unos comentarios sugestivos en este sentido. Otro ejemplo: la palabra francesa *haut*, que procede de *altus*, y que adopta una *h* aspirada por causa del equivalente germánico **hauh-* (> al. *Hoch*). Hay, de manera general, un cierto número de puntos en que el francés y el alemán presentan analogías que no comparten con el inglés. Un ejemplo: el latín *causa*, que designaba, entre otras cosas, una causa para ser defendida, un asunto jurídico, tomó, conjuntamente, en las lenguas romances y en alemán, el valor de «cosa», «objeto». Por supuesto, *chose* representa la evolución regular de *causa*: los primeros contactos entre el francés y el alemán se produjeron mientras *cause* y *chose* no eran más que las variantes culta y popular de la misma palabra. El equivalente de *cause*, con el valor de causa que debe ser defendida, era en germánico **saka*, que ha dado *sake* en inglés, *Sache* en alemán. En inglés *sake* ha conservado únicamente su sentido primitivo, por ejemplo, en *for my sake* «por amor propio», pero el alemán *Sache* participó de la evolución de *causa* hacia «cosa» y entró en competición con *Ding*. Las lenguas escandinavas han seguido en este punto al alemán con un cierto retraso. Otro ejemplo, el uso como indefinido de la palabra que designa al ser humano; en francés *homme*, del acusativo *hominem*, y *on*, del nominativo *homo*, en alemán *Mann* por un lado, *man* por otro. En este caso no se sabe quién empezó, si el francés o el alemán, ya que el italiano y el español, por una parte, y el inglés, por otra, no han seguido. De nuevo, el escandinavo ha seguido al alemán.

Se empleaba realmente en latín homo por fr. «on»?

Existen rasgos de *homo* con el significado de «la gente, los hombres en general». Pero esto se encuentra un poco en todas partes. En una de las lenguas eslavas, parece que esto valía para los equivalentes del polaco *człowiek*, ruso *čelovek*.

También en húngaro la palabra que significa «hombre» se emplea por fr. «on». ¿En qué medida podemos decir que su capítulo sobre las unidades significativas es la aplicación del análisis fonológico al análisis de la primera articulación?

¡No es una aplicación servil! Este pequeño repaso que vengo de hacer muestra cuál era mi postura hasta 1955. No estaba bastante seguro de mí mismo para arriesgarme a presentar algo positivo en estos temas. En todos los casos en los que critico a alguien, en los que tomo posición sobre algunos puntos de vocabulario o de sintaxis, tengo evidentemente unos principios directores, pero la estructura no está todavía a punto. Extraer esta estructura es lo que debo hacer cuando vuelvo a París como profesor de lingüística general.